



Teatro en un Acto

DOS MONOLOGOS PARA ESTAR VIVOS

Francisco Garzón Céspedes

Monólogos basados en los relatos “aquel gris ceniciento de las gaviotas” y “todo porque la violencia” del propio autor, que pertenecen al libro inédito encuentros donde sorprenden gaviotas.

MUJER: (En un círculo amplio de luz blanca. Serena.) He callado durante toda esta larga semana. No es el silencio de quien quiere morir, sino el silencio de quien debe aprender a vivir de nuevo. (Pausa. Esboza una triste sonrisa.) Si acepté verlo, hablarle, es porque estoy convencida de que usted podrá explicar a ellos, mejor que yo, lo que pienso. Y que yo podré explicárselo mejor a usted, que lo que podría explicárselo a ellos. (Muy deseosa de que se comprenda su punto de vista.) No es lo mismo hablar con usted, a quien no conozco, que no me conoces, que hablar con todos ellos juntos o uno por uno. (Pausa.) No crea que no nos tenemos un gran cariño, al contrario, por eso es más difícil. A la inversa de lo que mi familia probablemente le afirmó, he callado porque necesito un tiempo para tomar fuerzas. (Conteniendo la amargura.) Y cuando por horas y horas no hablo, me encierro en mi habitación y sólo salgo a trabajar, lo que busco son fuerzas, más fuerzas. (Serena.) Ya ve, no he dejado de trabajar. Eso hubiera sido una debilidad imperdonable en este caso. Entre las razones para estar viva una es cumplir con ese pequeño puesto que me toca. (Pausa. Con vehemencia.) Escuche, quiero hacerle esta historia, de verdad quiero hacerle esta historia. Como es mi propia historia, tengo que contársela completa y a mi manera. (Con un fondo de desesperación.) Una semana atrás, aquel día, yo dije soledad, pronuncié miedo y escondí la palabra, la engaveté en archivos. Me preguntaba: ¿dónde, cómo, con quién anda? Repetí soledad y recordé... (Deja de dirigirse a la persona con la cual habla y pasa a dialogar con alguien de su memoria. Inquisitiva.) ¿Crees que es grata la espera? Sentada, la vista en el reloj, en las paredes, en el techo, piensa y piensa en si el hastío te atrapó, porque entonces no retornarás y habré aguardado en vano. (Pau-

sa.) ¿Por qué no viniste antes? (Pausa.) ¡Nunca puedes! ¡Nunca puedes! (Pausa.) Sí, he tenido mucha confianza en tí, (Con desaliento.) confiaba mucho... aquí, dentro del pecho aún confío. (Pausa. Exigiendo angustiada.) ¡Te esperaré, nuevamente te esperaré, siempre te esperaré, pero no quiero estar segura algún día! ¡Quiero estar segura hoy! (Pausa. Vuelve a hablar a la persona del inicio. Va de la serenidad al desasosiego.) Una semana atrás, aquel día, ya había transcurrido un mes de ésa, nuestra última conversación. Un mes de preguntarme y preguntarme en silencio: ¿qué hacer? Después de ir sin resultado a la casa de huéspedes, a la universidad, a la esquina en que nos encontramos aquella mañana, de ir y de ir, ¿qué hacer? (Permanece pensativa un segundo. Con firmeza.) Decidí que esa tarde, cuando terminara mis horas de práctica en el hospital naval, me presentaría en la facultad donde él dijo asistir a clases y tendrían que darme algún dato. (Con una sonrisa que se le transforma en triste mueca.) Las ideas obsesivas: Sus ojos, el gris de sus ojos, aquel gris ceniciento de las gaviotas en cada rostro. (Siente su propia intranquilidad de aquel día.) ¿Y el uniforme? ¿Dónde está? ¿Dónde está mi uniforme? ¿En qué parte de la casa lo dejé? Mi cabeza no está para otra cosa: el gris de sus ojos, sólo el gris de sus ojos. ¡Llegaré con retraso al cuerpo de guardia! (Pausa. Toma de la penumbra, desde un extremo del círculo de luz, una corta bata blanca y se la pone sobre su ropa. Vuelve al presente. Explicativa, serena.) Así caminé por la calle, tropecé con éste o aquél sin que quedara huella en mi razón. Subí a un ómnibus. Me empujaron hasta que por fin logré sentarme. El hombre que se hallaba a mi lado me rozó a propósito con la pierna, retiré la mía y traté de entenderlo. Los edificios del hospital. Los pasillos. Los enfermos, los saludos. Comenzaba mi turno. (Pausa. En otro fragmento de aquel día, una semana atrás. Con sobresalto.) ¡La ambulancia! Soy necesaria allí. (Como quien informa sin querer comprometer sus sentimientos.) Un niño, perderá uno de los dedos de la mano derecha. El dedo. Su dedo. El doctor amputa y calla. (Con intensa tristeza.) ¿Por qué? hay que perder un dedo, la pierna o el amor? (Pausa. Se repite el sobresalto.) ¡La sirena! Ese sonido que sobrecoje al aire! (Con tono neutro.) Los camilleros, el chofer, los militares, el médico, los comentarios. Un oficial herido grave durante una acción contra un grupo de infiltrados por la costa. Dicen que se portó como un valiente. Ya están el médico y una enfermera con

él, pero yo también deseo ayudar. (Del más profundo asombro al más profundo dolor.) ¡Sus ojos! ¡El gris de sus ojos! Aquel gris ceniciento de las gaviotas. El gris de tus ojos, amor mío, que el doctor cierra. (Pausa. Con una alegría a la par cercana y honda. A quien ama.) ¡Recuerdas cómo nos encontramos aquella primera mañana? ¿recuerdas?

Se diluye la luz blanca hasta que se pierde en una iluminación azulosa. Ella queda inmóvil en la penumbra.

HOMBRE: (En un reducido círculo de luz naranja. Vestido de civil. Se moverá, pero siempre limitado por la circunferencia luminosa. Proyecta una imagen sólida en lo físico y madura en lo mental. Sereno, con mucho amor.) ¡Qué si recuerdo cómo nos encontramos? (Pausa.) Yo tengo mi propia versión del encuentro... No es mi realidad ni sueño, sino sueño y realidad juntos. Me la he contado en las noches de defender la vida. Voy a contártela por una sola vez para que no la olvides nunca. (Explicativo.) Sucede que en esto de vivir, ninguna violencia es igual a otra. La violencia entre dos puede ser estampido contra la injusticia o desamparo. Estampido contra el miedo o reafirmación. Torpeza o golpe imprescindible. Toda violencia entre dos es un poco de esto y de aquello, o de aquello no, sino de eso y de esto. (Pausa. Con una violencia contenida que termina estallando.) Aquel día, antes de tropezarte, un hombre gritó a otra mujer: ¿qué más quiero?, ¡quiero amor, lo único que no me das! (Pausa. Sereno.) Ese hombre era yo, que con un resonante portazo clausuré esa entrada, la convertí en piedra de la memoria. No piedra definitiva y de cimiento, sino esa piedra que el tiempo hace polvo, o que se pierde bajo la yerba silvestre. (Pausa.) Unas cuerdas más arriba, a dos o tres manzanas de edificios, tal vez cuatro, (Con un estallido de violencia idéntico al anterior.) una mujer gritó a otro hombre: ¿qué más quieres?, ¿si lo único que te doy es amor? (Pausa. Sereno.) Y eras tú, que con el estrépito de la reja cerraste esa entrada, la convertiste en hierro de la memoria. No hierro definitivo y de cimiento, sino ese hierro que el tiempo hace óxido, o que se pierde bajo las enredaderas olorosas. (Sonriente. Con cierta travesura.) Claro que esto pudo no suceder, o pudo no suceder en el mismo segundo, o pudo no suceder en la misma galaxia, universo, continente, país, provincia, o ciudad. Claro,

quien lo discute, pero por qué discutir el hecho de que pudo suceder. (Pausa. Sereno.) Sigamos a uno de ellos, al hombre. El círculo de luz naranja es sustituido por otro de luz azul.) Yo desde el primer paso en la acera, recibí a todo cielo la llovizna. (Muy descriptivo.) El agua sobre el pavimento dejaba escapar un humo tornasolado. En los canteros, las ráfagas de aire batallaban no tanto con los troncos y las hojas, con los tallos y las flores, como con las raíces. A mí no me importaba la lluvia, casi la prefería para ser humo y raíz en tierra. (Con amargura.) Caminé y caminé, sin rumbo, sin otro objetivo que sacarme de adentro la violencia, y sólo cuando la llovizna fue cascada decidí refugiarme en el portal de un edificio. (Evocador.) Ya para entonces las aguas buscaban impetuosas los contenes y mi infancia me asaltó en un barco de papel que navegaba sin importarle el naufragio. Uno de esos barcos en los que las letras de imprenta son vela y proa, popa y mástil. Recordé como los pantalones, la camisa y los zapatos viajaban de mis manos a los sillones de la sala, y me vi con ocho o diez años dando brincos debajo del aguacero... todavía siento aquella agua en decenas de gotas que vuelan y se desprenden, vuelan y se separan, vuelan y regresan a mi espalda, a mis hombros, a mis muslos, Recordaba y los ojos se me quedaron como perdidos, como lejanos en la corriente, (Con el sobresalto de quien es interrumpido en sus recuerdos.) y fue un cuerpo blanco y gris, con vida en su confuso aleteo, un cuerpo arrastrado por las aguas, el que logró que mis ojos, que todo yo diera un brinco y dos, hasta que mis dedos casi alcanzan al ave ahora detenida por un trozo de madera, al ave enredada en el torrente fangoso, de mangles y tierra y agua, de vidrios y cartones y agua. (Con mucho amor.) Mis dedos tropezaron con otros dedos, con otro asombro, con la mirada de aquella desconocida que respondía a mi propia y sorprendida mirada. (Pausa.) Y aquella desconocida eras tú. El aguacero caía completo sobre la ciudad, la lluvia alisaba nuestros cabellos, resbalaba por nuestros rostros y hacía que ropa y pecho, ropa y brazos, ropa y piernas de cada uno fueran inseparables. (Cesa la luz azul y vuelve el círculo de luz naranja. Con un tono de convencimiento que culmina en profundo optimismo y reafirmación.) Y todo por la gaviota, la gaviota que recogieron nuestras cuatro manos, con sonrisa y sin palabras. ¡Y todo porque la violencia entre dos puede ser derrumbe y desolación, pero puede ser, amor mío, patio y arena limpios, victoria y comienzo!

Se diluye la luz naranja hasta que se esfuma en el amplio círculo inicial de luz blanca. El hombre desaparece.

MUJER: (Desesperada.) ¡Me agarré a los objetos! ¡Me aferré a la mesa! ¡Todo fue inútil (Con desaliento.) Me recogieron del suelo y cuando me recobré ya habían trasladado el cadáver. Me preguntaron una, dos, tres veces. No quise hablar, perdí las palabras, las fuerzas. (Pausa. Con una serenidad en la que irrumpe la tristeza.) Esta es toda la historia, casi toda la historia. Ahora usted, que ha sabido oirme en silencio, podrá explicarles a ellos. (Pausa.) Hace un rato le dije que debía aprender a vivir de nuevo. Ya ve, es cierto. Pero le dije también que no deseaba morir, y que una de las razones para estar viva era mi trabajo. (Pausa.) Una semana atrás, aquel día en que la muerte marcó el gris de sus ojos, aquel gris ceniciento de las gaviotas, cuando logré andar, me recomendaron que regresara a mi casa. Caminé hacia la salida por uno de esos pasillos largos y solitarios del hospital. Un niño me llamó cuando crucé frente a la puerta entreabierta de un cuarto. Yo quería morir, simplemente morir. Sin saber cómo me detuve y lo escuché hablarme: (Del dolor a la euforia.) ¡Oiga! ¡Usted me atendió! ¿Se me curará el dedo? Usted fue muy buena. ¡Mire! . . . (Pausa.) Y el niño metió su otra mano en el bolsillo de la camisa y extrajo un papel doblado para decir: (Entra luz naranja en todo el amplio círculo.) ¡Mire! Le voy a regalar este dibujo que hice hoy, es una gaviota, las gaviotas son blancas y grises, ¡pero yo pinté ésta toda gris!